

ORACIÓN

Señor Jesús:

Tú dijiste: “mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”.

Abre nuestro corazón y nuestro ser entero a tu Palabra, para que seamos hermanos tuyos, tu familia.

Danos el corazón abierto, confiado y obediente de María tu madre.

Y que escuchando tu Palabra, podamos decir, como ella: “haz tu voluntad en mí, en nosotros”. AMEN.

TEXTO

MARCOS 14,32-52

«³²Y van a un lugar cuyo nombre es Getsemaní, y dice a **sus discípulos**: “Sentaos aquí hasta que termine de orar”.

³³Y toma consigo a **Pedro**, a **Santiago** y a **Juan**, y comenzó a sentir pavor y a angustiarse. ³⁴Y les dice: “Mi alma está supertriste hasta la muerte. **Quedaos** aquí y **velad**”.

³⁵Y adelantándose un poco, cayó a tierra y oraba para que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. ³⁶Y decía: “¡*Abba!* ¡Padre!, todo te es posible; aparta de mí esta copa; pero no [sea] lo que yo quiero, sino lo que [quieres] tú”.

³⁷Y viene y los encuentra dormidos; y dice a **Pedro**: “Simón, ¿duermes? ¿No has tenido fuerzas para velar ni una hora? ³⁸**Velad** y **orad** para que no caigáis en la tentación: el espíritu está presto, pero la carne es débil”.

³⁹Y, yéndose de nuevo, oraba diciendo las mismas palabras.

⁴⁰Y viniendo de nuevo, los encontró dormidos, porque sus ojos estaban sobrecargados, y no sabían qué responderle.

⁴¹Y viene por tercera vez y les dice: “¿Vais a dormir y descansar el resto de la noche? ¿Acaso está lejos [la hora]? ¡Ha venido la hora! He aquí que **el Hijo del hombre es entregado** en manos de los pecadores.

⁴²¡Levantaos, vámonos! He aquí que está llegando el que me entrega!”.

⁴³Y, de inmediato, estando aún hablando, se presenta **Judas, uno de los Doce**, y con él **una muchedumbre** de parte de los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos *con espadas y palos*.

⁴⁴El que iba a entregarlo les había dado una señal diciendo: “Al que bese, ese es; agarradlo y llevadlo con cuidado”.

⁴⁵Y, viniendo, acercándose de inmediato, le dice: “**Rabbi**”, y lo besó.

⁴⁶Pero ellos echaron sus manos sobre él y lo agarraron.

⁴⁷Pero uno de los presentes, desenvainando una espada, golpeó al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.

⁴⁸Y, respondiendo, **Jesús** les dijo: “¿Como contra un bandolero habéis salido *con espadas y palos* para prenderme? ⁴⁹Durante el día estuve ante vosotros enseñando en el Templo, y no me agarrasteis. Pero para que sean cumplidas las Escrituras...”.

⁵⁰Y, dejándole, huyeron todos.

⁵¹Y cierto joven lo seguía, envuelto en un paño de lino sobre su cuerpo desnudo; y lo agarran. ⁵²Pero, despojándose del paño de lino, huyó desnudo».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (14,32-42)

- En 14,26-31 Jesús ha profetizado directamente su muerte y resurrección hace un momento, y sus doce seguidores más cercanos le han proclamado su lealtad eterna. Ahora, sin embargo, en la famosa escena de Getsemaní, tanto la resolución de Jesús como la de ellos parece derrumbarse. El pasaje se ha estructurado cuidadosamente para recalcar sus temas distintivos. Estructuralmente consta de dos triplete: tres movimientos de Jesús hacia delante, hacia la oración (14,32 y 33-34 y 35-36), y tres movimientos hacia atrás, hacia los discípulos (14,37-38 y 39-40 y 41-42); los dos acentúan el *aislamiento siempre mayor de Jesús*. El discurso de Jesús se destaca más aún que sus movimientos; aparece «hablando» cinco veces (14,32.34.36.37.41) y «orando» dos veces (14,35.39). Las plegarias de Jesús se transcriben cada vez más concisamente a medida que progresa el pasaje: el centro de gravedad recae en la primera plegaria, junto con la angustia que lo precipita, dos eventos resumidos por el narrador (14,33b.35) antes de dar expresión a las propias palabras de Jesús (14,34a.36). El pasaje se divide en dos mitades aproximadamente iguales: la primera plegaria (14,32-36), la segunda y la tercera junto con los respectivos retornos hacia donde están los discípulos (14,37-42).

- 14,32-36: La primera plegaria. El pasaje comienza con «Y van»: 14,32a, el primero de una serie de empleos de «y» más «ir» o «venir», para indicar las idas y vueltas de Jesús adelante y atrás desde su aislamiento para ponerse en contacto con sus discípulos. Este ir y venir se hace más frenético hacia el final del pasaje. El objetivo de la llegada en el versículo presente es «un lugar llamado Getsemaní» que al parecer estaba en el monte de los Olivos. Tras su llegada a este sitio, Jesús deja al grupo principal de sus discípulos (14,32) y se encamina al interior con sus tres íntimos seguidores (14,33a). El interior, el lugar privado, es a menudo en Marcos el lugar de la revelación divina o de otras manifestaciones del poder milagroso (cf. 4,10.34; 7,33; 9,2.28; 13,3); aquí habrá también una revelación, pero de una naturaleza diferente. Los tres compañeros de Jesús, Pedro, Santiago y Juan, son los primeros discípulos mencionados en la lista de 3,16-19, y en dos ocasiones anteriores, la resurrección de la hija de Jairo (5,37) y la transfiguración (9,2), Jesús se apartó con ellos. La transfiguración proporciona un paralelo particularmente estrecho con nuestro relato; en ambos pasajes, Jesús «toma» consigo a los tres (9,2; 14,33) y se muestra ante ellos como el Hijo de Dios (9,7; 14,36), y en ambos casos los discípulos «no saben qué responderle» (9,6; 14,40). Los tres fueron así testigos del poder vivificante de Jesús y de su gloria trascendente; mas ahora se convierten en los observadores de su fragilidad humana.

En Marcos aparece la relación más estrecha posible entre estos dos aspectos de Jesús, y esta coexistencia paradójica se acentúa al aplicar a Jesús un término particularmente marcante: «sentir pavor» (14,33b). En otros lugares Marcos utiliza diferentes formas del verbo para retratar a un Jesús que abrumba a otros con la manifestación de un poder divino en sus palabras (10,24), sus milagros de curación (1,27), su semblante glorioso (9,15) y, en última instancia, su resurrección (16,5-6). Ahora Jesús mismo se siente angustiado y ansioso cuando debe afrontar la muerte, y en un momento pedirá a Dios que retire «la copa» que previamente había aceptado. Estos rasgos contradicen el comportamiento anterior de Jesús.

Las primeras palabras de Jesús en la escena (14,34a) comienzan a situar estas extrañas inversiones en un contexto bíblico. Por un lado, expresan el dolor desesperado; pero por otro, evocan dos de los salmos del justo sufriente, 6 y 42/43. Esta alusión es parte de un *esquema persistente*, ya que los salmos del justo sufriente se repiten en todas partes del relato marciano de la Pasión. En estos salmos, el hablante se queja del dolor y de la persecución que sufre, da testimonio de su inocencia y afirma su confianza en la bondad de Dios que finalmente lo vindicará. La queja de Jesús sobre su lamentable estado se sitúa así en un contexto bíblico de *confianza absoluta* en los designios de Dios. Además, las quejas del justo sufriente se interpretaban ya antes del siglo I como referencias a la tribulación escatológica del elegido, quien en el tiempo final sería atacado por las huestes de Satanás, pero en última instancia sería librado por Dios. Un contexto escatológico similar puede deducirse de nuestro pasaje, que está lleno de palabras que tienen un matiz apocalíptico en otros lugares de Marcos, el resto del NT y la literatura antigua judía (por ejemplo «velar», «hora», «copa», «dormir» y «se ha acercado»). Jesús,

pues, está implicado no solo en una confrontación personal con su propia muerte, sino en la guerra escatológica contra las fuerzas cósmicas de mal, y su angustia es parte de una batalla en curso por la salvación del mundo.

Jesús impulsa a sus seguidores a mantenerse despiertos (14,34b), como hará él mismo. «Velar» se ha empleado ya escatológicamente tres veces al final del capítulo 13, y esta es solo la primera de una serie de conexiones temáticas y de vocabulario entre aquella sección y la presente. La orden de mantenerse despiertos tiene un significado tanto literal como metafórico; el primero será incumplido por los discípulos al quedarse dormidos; el segundo, al no estar preparados cuando llega el desastre. Jesús mismo, sin embargo, se mantiene despierto, y su *distancia espiritual* de los discípulos queda complementada por la física, cuando se aleja de ellos (14,35a) buscando el aislamiento necesario para la comunión con su «Padre».

Sin embargo, Jesús no se aleja mucho, sino que avanza solo «un poco» antes de caer a tierra, gesto que evoca la trágica historia del rey de Israel, ungido pero rechazado, Saúl. A diferencia de Saúl, sin embargo, Jesús, aunque literalmente aplanado por la angustia, permanece activo haciendo lo único que le queda -a él y a todo el que se encuentra en una situación similar-: *rezar*. La oración se repite por motivos de énfasis literario: Jesús pregunta si se pudiera alejar de él esa «hora» (14,35c), y luego pide a Dios que aparte de él «esta copa» (14,36a); la petición indirecta va calificada por la frase «si fuera posible», mientras que la directa va modificada por «pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». Tanto la «hora» como la «copa» son metáforas comunes para la muerte, pero también tienen una dimensión escatológica: «la hora» es el tiempo designado para las pruebas escatológicas, para la tribulación y la redención divina, como ya en Mc 13,32; y la «copa» es la ira divina que ha de verterse en el tiempo final sobre una tierra recalcitrante. Este contexto de *juicio escatológico* probablemente es parte de la explicación de esa reacción angustiada de Jesús ante la perspectiva de su muerte: se acobarda no precisamente por la conclusión de su vida, sino ante todo por la perspectiva de la ira divina vertida sobre la tierra. El oscuro escenario implícito, la noche, aporta un matiz similar de juicio divino, al igual que la descripción de Jesús que cae a tierra y sus importantes palabras sobre la entrega en manos de los pecadores. El verdadero horror no es precisamente afrontar la muerte, sino afrontarla bajo la ira de Dios.

Así pues, no es en absoluto asombroso que Jesús solicite a Dios, su Padre divino, que le conceda que esta experiencia de tribulación escatológica («la copa») se aparte de él (14,36a). Sin embargo, Jesús *termina por reconocer* que las cosas tienen que suceder según la voluntad de Dios y no la suya propia. Estos rasgos son similares a algunos aspectos del Padrenuestro, especialmente en la versión de Mateo. Si es así, los destinatarios del evangelio pueden comprender que Jesús, cuando pide a Dios que aparte de él la copa, solo ponía en práctica lo que en otros momentos él mismo había enseñado a otros que hicieran. Pero lo que probablemente Marcos quiere acentuar es que, cuando los cristianos se sienten débiles y temerosos ante la perspectiva de una muerte inminente y otros sufrimientos, pueden sentirse fortalecidos al recordar que su Señor también luchó con la tribulación, pero venció así al mundo. Jesús, al aparecer compartiendo la debilidad humana, es también *un modelo* para los cristianos débiles y dubitantes que pueden así sentirse reforzados por la gracia de Dios. «Gracia oportuna en tiempo de necesidad»: este es el mensaje oculto de la punzante imagen de Jesús en Getsemaní.

- 14,37-42: Jesús, sin embargo, no obtiene ayuda de sus seguidores en tiempo de necesidad. La segunda mitad de la perícopa se centra en los intentos infructuosos de Jesús de despertarlos para que le ofrezcan compañía y salvaguardar así la propia salud espiritual de sus discípulos. Este intento comienza cuando Jesús vuelve de su oración, en la que invoca a su Padre (Abba) y encuentra a sus discípulos dormidos (14,37a). Es el segundo indicio (el primero fue la conclusión de la plegaria misma) de que la respuesta a su oración será un «no»; Dios no apartará la copa del sufrimiento de Jesús, ni proveerá compañía durante sus pruebas. Así pues, esta sección del relato de Getsemaní ha sido titulada con acierto «El silencio de Dios». Jesús, en medio de este terrible silencio divino y confrontado al grupo durmiente de sus antiguos devotos, se dirige a Pedro con palabras pensadas para todos los discípulos, como evidencia el cambio de la segunda persona singular en 14,37bc a la segunda plural en 14,38. Pedro sigue siendo así el discípulo *representativo*. Representa a un grupo de apóstoles que vacila en el borde de la apostasía, como se pondrá de manifiesto en las escenas siguientes, cuando los Doce huyan tras el prendimiento de Jesús (14,50; también 14,52) y Pedro lo niegue (14,66-72). Tal vez Jesús, al dirigirse a Pedro con su antiguo nombre, «Simón», esté insinuando esta incipiente apostasía; en vez de ser el «Roca», el fundamento

eclesiástico del edificio de Jesús para la nueva edad, Pedro corre el peligro de volver a caer en la antigua, donde Satanás tiene el mando.

El retorno de Jesús a donde están los discípulos comienza con palabras que despiertan a Pedro y a la vez le informan de su estado: «¿Duermes? ¿No has tenido fuerzas para velar ni una hora?» (14,37bc). Pedro ha estado durmiendo en más de un sentido. Moviéndose desde el reproche hasta el remedio, Jesús *prescribe vigilancia y oración* de modo que no flaqueen en la prueba: «El espíritu está presto, pero la carne es débil» (14,38ab). Aquí se emplea de nuevo una locución escatológica; *peirasmos* es un término técnico para «la hora de la prueba que viene sobre el mundo entero, para probar a los habitantes de la tierra» (Ap 3,10).

El marco de *guerra escatológica* ayuda a explicar el creciente frenesí, implícito en los movimientos de Jesús al final de la escena. Este movimiento acelerado comienza con Jesús que se aleja para rezar por segunda vez, utilizando las mismas palabras que antes (14,39); por tanto, Jesús busca aún la huida de «la hora» y de «la copa».

Cuando vuelve de nuevo a los discípulos, encuentra que sus ojos están «sobrecargados» (14,40), otra indicación probable de tribulación escatológica y de la opresión satánica. Así pues Jesús, que sufre todavía por su aislamiento y por el peso de la crisis escatológica, despierta al parecer a los discípulos una vez más, aunque no se relate. Su respuesta perpleja («y no sabían qué responderle», 14,40c) evoca la escena de la Transfiguración en 9,6: no comprenden la gloria transcendente de Jesús, ni su vulnerabilidad humana, aunque estas sean características inseparables de la nueva edad de Dios. El siguiente versículo (14,41a) implica que Jesús, incapaz de despertarlos para la acción, se marcha a rezar por tercera vez; los lectores atentos pueden vincular así la experiencia de Jesús en Getsemaní con un modelo bíblico de petición angustiada y triple (cf. Sal 55,17; 2Cor 12,8-9). Las palabras de conclusión de Jesús manifiestan que *acepta su destino*.

Este sustancial anuncio conclusivo tiene varios aspectos importantes. Primero, proclama el advenimiento escatológico: «¡Ha llegado la hora!» (14,41b). Segundo, vincula este advenimiento con la «entrega» del Hijo del Hombre a los «pecadores» presumiblemente para ser asesinado (14,41c). Sin embargo, el rompecabezas teológico central del pasaje es lo que se dice del Hijo del Hombre, a saber, que va a ser «entregado en manos de los pecadores» (14,41c). La expresión «entregado en manos de» es frecuente en el AT. El sujeto explícito o implícito es generalmente Dios, que entrega a sus enemigos en manos de Israel en la guerra santa, o que entrega a Israel a sus enemigos cuando ha pecado y merece el castigo. «Entregar en manos de», por tanto, es lo contrario de la salvación y el equivalente del juicio. Por esta razón, lo que Jesús profetiza es lo contrario de lo que el fiel espera; nuestro pasaje representa una inversión de lo que se esperaba normalmente para el *eschaton*: los pecadores serían entregados al justo, no al contrario.

Es más paradójico hablar del Hijo del Hombre que va a ser entregado en manos de los pecadores. Constituye una llamativa inversión de Dn 7,13-14, donde se entrega a «un como un hijo de hombre el reino, la gloria y la realeza; y todos los pueblos, naciones y lenguas lo servirán», incluidas las perversas naciones que han oprimido a Israel. Así, la esperanza veterotestamentaria era que Dios habría de entregar a las naciones pecadoras en manos del Hijo de Dios / Hijo del Hombre; sin embargo, en nuestro pasaje Jesús anuncia lo contrario: el Hijo del Hombre está a punto de ser entregado en manos de los pecadores. Al hacerlo así, *obrará una salvación diferente*, al aceptar el juicio divino que va unido a la idea de ser entregado en manos de los pecadores.

Mas para que Jesús cumpla este acto de salvación, debe morir; y para que esto ocurra, debe ser entregado a las autoridades por alguien de su círculo íntimo. En la conclusión de nuestro texto se anuncia esta traición como inminente (14,42b), y sucederá inmediatamente en el siguiente pasaje.

SEGUNDA UNIDAD (14,43-52)

- Con el prendimiento de Jesús, cambia el carácter del relato marcano. Jesús comienza a desempeñar una función más pasiva. Mientras que antes de 14,43 ha sido el sujeto de la mayoría de los verbos principales en cualquier perícopa, en adelante será el objeto gramatical de la mayor parte de la acción (como en 14,45-46,50) o el foco pasivo alrededor del cual gira esta (como en 14,43-44.47.51-52). Ciertamente, en nuestro pasaje y en el siguiente tal pasividad queda interrumpida por una impactante declaración de Jesús que aparece en cada caso.

Pero, en general, desde la escena presente el discurso de Jesús juega un papel que va disminuyendo en el relato: mientras que había pronunciado aproximadamente 80 palabras en la Última Cena (14,22-31), o unas 135 si se incluye la profecía de la traición en 14,18-21, más 85 palabras en Getsemaní (14,32-42), Jesús solo dice unas 30 en la escena presente (14,43-52), únicamente 20 en el «proceso judío» (14,53-72), solo 2 en el «proceso romano» (15,1-15) y luego no habla en absoluto hasta sus palabras finales en la cruz. Así pues, desde su prendimiento Jesús se sume en el silencio, lo que hace que sus raras manifestaciones sean aún más llamativas de lo que serían de otro modo.

En su forma presente, el pasaje está estructurado en tres partes: el prendimiento en sí (14,43-47), la declaración de Jesús (14,48-49) y la huida de los discípulos (14,50-52). Como es natural, el prendimiento recibe la mayor parte de la atención, pero la declaración de Jesús, debido a su posición central, ilumina las otras dos partes.

- 14,43-47: Jesús acaba de advertir a sus discípulos que se acerca el traidor (14,42); entonces, «de inmediato, estando aún hablando» aparece Judas (14,43a). Así pues, ya al principio mismo del pasaje, queda demostrado que Jesús es un profeta, un tema subrayado por la referencia a Judas como «uno de los Doce», que recuerda 14,18.20, donde Jesús había profetizado que un miembro de este grupo lo traicionaría. Judas no viene solo, sino acompañado de una muchedumbre cuyos miembros van doblemente armados, con espadas y palos por un lado, y con la autoridad de los sumos sacerdotes, escribas y ancianos por el otro (14,43b). Esta gente no parece conocer a Jesús directamente, ya que necesitan que Judas lo identifique, lo cual indica que Jesús no era tan conocido como dan a entender a veces los relatos evangélicos. Judas dice a estos aliados ocasionales que identificará a Jesús besándolo; luego deben «llevarlo con cuidado», es decir, bien custodiado (14,44), lo que demuestra la ansiedad del traidor de que Jesús pueda tratar de escapar o que sus seguidores deseen intentar liberarlo.

Tras encontrar a Jesús y los Once, Judas propina inmediatamente el beso de la traición (14,45). Es posible que el beso fuera un gesto usual de salutación en el judaísmo del siglo I, pero su utilización como saludo parece haberse expandido en las comunidades cristianas primitivas como signo de participación en la nueva familia escatológica. Sin embargo, el beso de Judas a Jesús traiciona esta nueva relación familiar y cumple así de algún modo la profecía del Maestro de que en el tiempo de crisis escatológica el hermano entregará a su hermano a la muerte (13,12).

En nuestro pasaje, este gesto de vida que es el beso se hace vehículo de la entrega a la muerte, una inversión con precedente veterotestamentario. Un mensaje doble similar aparece en el modo como Judas llama a Jesús «Rabí», ya que este es un título honorífico que significa literalmente «Mi grande» y que implicaba una adhesión personal. Ambas inversiones, sin embargo, encajan bien en un evangelio irónico y paradójico en el que el rey ungido de Dios triunfa y surge en última instancia para la vida muriendo ignominiosamente en una cruz.

«El beso de Judas» logra su objetivo: los miembros del grupo que prende a Jesús ponen sus manos sobre él y lo detienen (14,46). La frase veterotestamentaria «poner las manos sobre» denota una acción hostil, que acaba a menudo en la muerte, y tiene en muchos casos un matiz de juicio. El uso que hace Marcos de esta expresión continúa así un tema que subyacía a la Última Cena y a la escena de Getsemaní: la pasión de Jesús es la hora de la tribulación y del juicio escatológicos.

Sin embargo, una persona innominada presente en la escena trata de interrumpir la serie de acontecimientos desenvainando una espada y cortando la oreja del siervo del sumo sacerdote (14,47). A diferencia de los relatos paralelos en los otros evangelios, el de Marcos *no registra ninguna reacción directa de Jesús* o de alguien más.

- 14,48-49: La violenta respuesta de la persona presente en el prendimiento de Jesús podría ser fácilmente interpretada como un acto de violencia revolucionaria. Jesús, sin embargo, se disocia inmediatamente de una acción de tal clase, negando que él sea un bandolero y criticando implícitamente al espadachín (14,48). Esta respuesta refleja probablemente la apologética cristiana primitiva; «bandolero o bandido» era un vocablo utilizado a menudo en clave para designar al tipo del revolucionario con motivaciones religiosas que desestabilizó Palestina en el siglo anterior a la era cristiana y durante el siguiente, y los cristianos se sintieron obligados a defender a Jesús contra la acusación de haber sido uno de ellos, ya que había sido ejecutado por los

romanos como el supuesto «rey de los judíos». Además, rasgos tales como el apoyo popular a Jesús, su aprecio por los pobres y su proclamación de la soberanía exclusiva de Dios se prestaron a la opinión de que era un revolucionario social y político. Jesús, sin embargo, da a entender que «bandido» es un término inadecuado para designarlo; él es un maestro, como Judas acaba de indicar llamándolo «Rabbi». Jesús no se había escondido en la oscuridad, como era costumbre de los bandoleros, sino que había enseñado abiertamente en el Templo, de día, sin que lo detuvieran.

En este contexto es significativa la amplitud del discurso de Jesús, ya que subraya su dominio sobre la escena del prendimiento. Jesús pone en evidencia audazmente el doble rasero de sus enemigos, y da a entender que solo se rinde porque su entrega a la muerte es la voluntad de Dios y el cumplimiento de las profecías bíblicas.

- 14,50-52: La declaración sobre el cumplimiento de las Escrituras en 14,49 es una afirmación con doble sentido; no solo mira hacia atrás, a la referencia inmediatamente precedente a la entrega de Jesús a la muerte (14,49ab), sino también hacia delante, hacia la historia del abandono de Jesús por parte de los apóstoles, que viene inmediatamente después (14,50-52) y que cumple una profecía veterotestamentaria citada por Jesús unos versículos atrás (Zac 13,7 = Mc 14,27). Este abandono se describe ahora, primero de un modo general (14,50), luego por medio de un ejemplo concreto (14,51-52). Ambas partes usan el verbo «huir», que aparece también en la referencia a la huida escatológica en 13,14. La noticia general de que «todos «huyeron» (14,50) va ligada tanto a la idea apocalíptica del pánico universal como a la profecía concreta de 14,27: «todos seréis escandalizados». El abandono incrementa también el patetismo de la escena al subrayar la soledad de Jesús. Este patetismo aumenta aún más en la historia del joven que escapa desnudo, que sigue inmediatamente después (14,51-52). El relato puede conservar un recuerdo histórico («la nuda realidad»); la comunidad de Marcos pudo incluso haber conocido al individuo en cuestión. Pero aunque el incidente pueda tener una base histórica, tal como Marcos lo vuelve a contar también tiene probablemente *dimensiones simbólicas*. Una de estas tiene que ver con el discipulado; el joven que huye desnudo es la contrapartida negativa del discípulo ideal esbozado en otros lugares en el evangelio. Por ejemplo, tal discípulo se describe como «el que sigue» a Jesús. Aparte de este, el único caso marcano de este verbo compuesto, en 5,37, relaciona el seguimiento con Pedro, Santiago, y Juan, a quienes se ofrece un anticipo del poder de la resurrección cuando ven a Jesús que resucita a una muchacha joven de entre los muertos. Nuestro pasaje aplica ahora el mismo verbo a un joven que, como los Doce, ha sido llamado para seguir a Jesús hasta la muerte -fuente última de aquel poder-, pero que, en cambio, como hacen aquellos, lo abandona. Además, Pedro recuerda a Jesús en 10,28 que él y otros miembros de los Doce han abandonado todas las cosas para seguirlo, una forma de adhesión que el Maestro alaba. Posteriormente, en el mismo capítulo, este tipo de sacrificio de los apóstoles se ilustra gráficamente con el caso de Bartimeo, que deja su ropa para seguir a Jesús (10,50-52). A diferencia de estas dos imágenes positivas del seguimiento, el joven de nuestra historia deja todo, incluida su ropa, para *escapar* de Jesús. Como ejemplo negativo, este «joven» indefinido corresponde a ese «uno» indefinido en 14,47, que abandona el discipulado al tratar de detener mediante la violencia el prendimiento de Jesús, mientras que el otro lo abandona huyendo presa del pánico.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza